H

ABÍA UNA VEZ, en el campo abierto, una serpiente que se hallaba muy hambrienta.

*“¡Que dolor!”* proclamaba la serpiente, sintiendo su largo estómago retorcerse *“¡Días y días sin tragar ni el más mínimo bocado!”*

Y lloraba, sufriendo. Así continuó por horas, hasta que se halló con un pollito perdido.

*“Esta criatura* –pensó- *debe ser mi oportunidad traída del cielo. La comeré ahora mismo.”*

La serpiente hambrienta se abalanzó hacia su presa, pero, como estaba débil, solo alcanzó a meter en sus fauces la mitad del pollito.

*“¡Pio pio!”* pedía ayuda el pequeño animal, aterrado *“¡Pio pio!”*

Y la serpiente intentaba tragarlo, sin éxito.

*“Sé que quieres vivir”* le dijo, con dificultad pues tenía parte de su boca ocupada *“Pero yo también quiero vivir. No es mi culpa que no pueda usar como tú el maíz que riega el suelo o a las plantas para satisfacer mi hambre. Así que, te lo pido, déjate comer sin forcejear tanto.”*

Pero el polluelo se retorcía:

*“¡Pio pio! ¡Pio pio!”*

En eso, justo cuando la serpiente creyó estar a punto de tragarlo, una sombra se cernió sobre ellos. Un cazador los vio, y tomó su afilado machete.

*“¡Pio pio!”* dijo el pollito, esperanzado.

*“¡Un humano!”* pensó la serpiente, entre dudas. *“Bien puede querer detenerme, pues el otro animal es más tierno y esto vale mucho a los ojos de los humanos. O bien me dejará comerlo, para satisfacer la curiosidad propia de su especie.”*

Pero la bota del humano se cernió sobre la cabeza de esta, aplastando tanto a la serpiente como al pollito y dejando un manchón de sangre, plumas y escamas contra el suelo.

**FIN.**

MORALEJA:

*“La naturaleza es cruel y no rima.”*